



TIEMPO DE MEMORIA

Oliver Hilmes

BERLÍN, 1936

Dieciséis días de agosto

TUSQUETS
EDITORES

OLIVER HILMES
BERLÍN, 1936
Dieciséis días de agosto

Traducción del alemán de Lorena Silos Ribas

Título original: *Berlin 1936. Sechzehn Tage im August*

1.ª edición: febrero de 2017

© 2016 Siedler Verlag, München. Una división del grupo editorial Random House GmbH, München, Germany, www.randomhouse.de
Libro contratado a través de Ute Körner Literary Agent, S.L.U.,
Barcelona – www.uklitag.com

© de la traducción: Lorena Silos Ribas, 2017
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Avda. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-9066-369-1
Depósito legal: B. 586-2017
Fotocomposición: David Pablo
Impreso por CPI
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Índice

| | |
|---------------------------------------|-----|
| Agradecimientos | 11 |
| Sábado, 1 de agosto de 1936 | 13 |
| Domingo, 2 de agosto de 1936 | 33 |
| Lunes, 3 de agosto de 1936 | 47 |
| Martes, 4 de agosto de 1936 | 65 |
| Miércoles, 5 de agosto de 1936 | 81 |
| Jueves, 6 de agosto de 1936 | 99 |
| Viernes, 7 de agosto de 1936 | 117 |
| Sábado, 8 de agosto de 1936 | 133 |
| Domingo, 9 de agosto de 1936 | 149 |
| Lunes, 10 de agosto de 1936 | 165 |
| Martes, 11 de agosto de 1936 | 179 |
| Miércoles, 12 de agosto de 1936 | 193 |
| Jueves, 13 de agosto de 1936 | 209 |
| Viernes, 14 de agosto de 1936 | 227 |
| Sábado, 15 de agosto de 1936 | 241 |
| Domingo, 16 de agosto de 1936 | 257 |
| ¿Qué fue de...? | 275 |
| Apéndices | |
| Notas | 295 |
| Fuentes | 307 |
| Bibliografía | 309 |
| Créditos de las ilustraciones | 315 |

Sábado, 1 de agosto de 1936

PREVISIÓN PARA BERLÍN DEL SERVICIO
DE METEOROLOGÍA DEL REICH

Más nubes que claros y, a intervalos, completamente cubierto con chubascos. Viento de componente sudoeste-oeste moderado. Temperaturas en descenso. 19 °C.

Berlín, verano de 1936.
Cientos de miles de curiosos flanquean
las calles mientras esperan la llegada de Adolf Hitler.



En la suite de Henri de Baillet-Latour suena quedamente el teléfono. «Su excelencia, son las siete y media», le anuncia el conserje. «*Bon*», responde el conde, «ya estoy despierto.» Los trabajadores del hotel Adlon, donde se hospeda Baillet-Latour, tratan a su huésped con un respeto exquisito, porque Henri Baillet-Latour es casi como un jefe de Estado. Aunque no gobierne ningún país, no dirija ninguna república ni sea el regente de un país monárquico. Henri, conde de Baillet-Latour, es el presidente del Comité Olímpico Internacional (COI). Cuando esta tarde, exactamente a las 17:14, se iza la bandera olímpica en el estadio olímpico de Berlín, este belga de sesenta años asumirá durante dieciséis días el control de las instalaciones deportivas de la ciudad.

Hasta entonces Baillet-Latour tiene un intenso programa de actos: asistirá a una celebración religiosa con sus compañeros del Comité Olímpico, pasará revista a la guardia de honor del Ejército y finalmente depositará una corona en el edificio de la Nueva Guardia, sede del monumento a los caídos en la guerra mundial. Al final de la ceremonia militar, Hermann Göring, en calidad de primer ministro prusiano, dará la bienvenida a los miembros del COI.

Ya son las ocho de la mañana y en la Pariser Platz, frente al hotel Adlon, suenan marchas militares, que son interrumpidas una y otra vez por toques de diana y por la canción *Freut euch des Lebens* [Alegraos por la vida]. La «gran alborada», como se denomina este ritual, es una de las muchas muestras de respeto que los nacionalsocialistas ofrecen al COI. Mientras Henri

de Baillet-Latour observa al gentío desde la ventana de su suite, puede sentirse como un jefe de Estado, con el Adlon como sede de gobierno. El COI no puede tener mejores vecinos: frente al hotel se encuentra la embajada francesa, a su izquierda, imponente, la Puerta de Brandeburgo, y directamente al lado del monumento más emblemático de Berlín se sitúa el palacio Blücher, propiedad de Estados Unidos. De hecho, el enorme edificio debería alojar la embajada americana, pero el inmueble ardió por completo en 1931 y la reconstrucción va con retraso. Junto al Adlon, en la Pariser Platz, se encuentra la prestigiosa Academia de las Artes, y en la colindante Wilhelmstrasse está el palacio Strousberg, donde tiene su sede la embajada británica.

Henri de Baillet-Latour ya ha terminado su desayuno y se prepara para abandonar el Adlon. Para los festejos del día el conde ha elegido un atuendo especialmente solemne y lleva pantalón gris, chaqué oscuro, zapatos con polaina, sombrero de copa y un soberbio medallón. Cuando Joseph Goebbels lo ve de esta guisa, sacude para sí la cabeza. En la entrada de su diario se lee: «Los olímpicos parecen directores de un circo de pulgas».¹

Pauline Strauss no tiene pelos en la lengua. La señora Pauline es la mujer del famoso compositor Richard Strauss y no vacila a la hora de decirle a un completo extraño las peores cosas a la cara. Pero tampoco sus amigos o conocidos se libran de su falta de tacto. «La señora Strauss, que durante el té, y contra lo que acostumbra, había estado de lo más agradable, tenía ahora otra vez uno de sus ataques de grosería medio-histórica», recuerda Harry Graf Kessler de uno de sus encuentros en un restaurante de postín. Sobre las mesas, las más caras porcelanas, preciosa cubertería de plata y refinadas copas de cristal, camareros de librea se mueven casi en silencio por la habitación y los comensales conversan en voz baja. Menos Pauline Strauss. Cuando Kessler relata una anécdota, que evidentemente no resulta del todo interesante, sobre un famoso gastrónomo pa-

risino, la señora Strauss lo interrumpe con gran estrépito: «¡Muerto y enterrado, estará muerto y enterrado, para cuando usted haya terminado de contar su historia! En fin, si alguien cuenta tan despacio una historia tan sosa, es mejor que miren ustedes a ese cerdo cebado...». Los presentes la miran atónitos. «Bueno, el cerdo cebado, ese oficial tan gordo de esa mesa», explica la señora Strauss, y señala con el dedo a un teniente bastante corpulento sentado en una mesa cercana. «Y ahora, ¿qué? Yo sólo quiero coquetear un poco con ese cerdito», repite, y mira fijamente al teniente hasta que grita triunfante: «Y, ahora, mirad, el cerdito me está lanzando miraditas de amor. De verdad que creo que va a venir a sentarse a nuestra mesa». En la mesa todos están espantados, el escritor Hugo von Hofmannsthal, que también está presente, no levanta, azorado, la vista de su plato, y Richard Strauss se pone rojo y pálido por momentos. Pero calla ante el comportamiento escandaloso de su esposa, quizá para prevenir males mayores. Se dice que una vez, cuando él le recriminó su conducta en una escena similar, ella empezó a gritar en público: «Si dices una palabra más, Richard, me voy a la Friedrichstrasse y me lío con el primero que vea».²

No resulta extraño que todos los conserjes de hotel, los camareros y las doncellas teman a Pauline Strauss. El matrimonio Strauss, acompañado de Anna, su ama de llaves, llegó ayer por la mañana al hotel Bristol. El Bristol se encuentra a un tiro de piedra del famoso hotel Adlon, en la magnífica avenida berlinesa Unter den Linden. Como no podría ser de otra manera, el establecimiento ofrece las comodidades más modernas. Así, las amplias habitaciones y suites están decoradas con el mobiliario más elegante y cuentan con cuarto de baño propio. Además el hotel tiene espléndidas salas comunes: por ejemplo, la sala de lectura está decorada con estilo gótico, mientras que los muebles del salón de té son de madera noble con cuero.

Richard Strauss apenas tiene oportunidad de disfrutar de las comodidades de su alojamiento. Ayer estuvo ocupado con los ensayos, esta tarde tiene programado el estreno de una de sus composiciones y mañana por la mañana deja de nuevo Berlín para volver a Baviera. Como uno de los compositores más im-

portantes del momento, Strauss es un hombre muy ocupado: en marzo realizó una gira por Italia y Francia que lo llevó hasta Marsella, en abril estuvo como director de orquesta en París y Colonia y en julio, en Zúrich y, de nuevo, en Colonia. Y, al mismo tiempo, siempre encuentra, a sus setenta y dos años, tiempo para componer. La obra que se estrenará en unas horas se titula *Himno olímpico* y ha sido un encargo realizado por el Comité Olímpico para la ceremonia de inauguración de los juegos que tendrá lugar hoy. Strauss dice de sí mismo que es capaz de ponerle música a todo: «Si uno quiere ser buen músico», bromea, «tiene que poder ponerle música a un menú». Pero, para él componer es también cuestión de esfuerzo y de hábito. Con estoica paciencia se sienta ante su mesa y crea obra tras obra. Años más tarde, Theodor W. Adorno acuñaría palabras llenas de rencor sobre esta máquina de hacer música: según Adorno, Strauss habría traicionado a la modernidad para aliarse con el gran público. Era un maestro de lo superficial que componía lo que podía vender por unas monedas.

El *Himno olímpico* para coro y orquesta sinfónica pertenece a lo que podríamos catalogar como trabajo rutinario, pues a Strauss no le interesaba en absoluto el deporte. En su opinión, el esquí es una actividad para carteros rurales noruegos. Cuando en febrero de 1933 se entera de que su lugar de residencia, Garmisch, planea una tasa especial para poder costear los Juegos Olímpicos de invierno, Strauss protesta con firmeza. Le escribe al Ayuntamiento:

En el supuesto de que el nuevo impuesto ciudadano se destine a cubrir los gastos de esta estupidez deportiva y de toda esta inútil fanfarria olímpica, deseo protestar con firmeza y solicitar que se me libere de esta obligación y se penalice a aquellos que tengan un interés en las Olimpiadas y en todo este teatro, pues yo no haré uso alguno de ninguna instalación deportiva, ni de la pista de *bobsleigh*, ni de las colinas para salto de esquí ni de nada similar, y también puedo renunciar sin problema al arco del triunfo de la estación de tren. Mi monedero ya sufre bastante con los impuestos estatales que, bajo la designación de beneficios socia-

les, se destinan a subvencionar a los vagos y con los pordioseros que van de casa en casa y que cada vez abundan más en Garmisch.³

Tal protesta no impide a Richard Strauss reclamar unos honorarios de 10.000 marcos por este himno que celebra precisamente esta «estupidez deportiva». El cheque justifica los medios. Sin embargo, esta suma más que considerable sobrepasa con mucho el presupuesto del Comité Olímpico, por lo que Strauss, tras largas negociaciones, renuncia por completo a ser remunerado. No puede sorprender que no ponga mucho entusiasmo en este trabajo. «Durante este aburrido Adviento me entretengo componiendo un himno olímpico para la plebe», le escribe a Stefan Zweig en diciembre de 1934, «yo, que desprecio y me he declarado enemigo del deporte. Sí: el ocio es la madre de todos los vicios.»⁴

Para escoger la letra que acompañará la música de Strauss se convoca un premio que recae en Robert Lubahn, actor en paro y poeta ocasional. Algunas partes del poema se modifican, cuando Joseph Goebbels señala que los versos de Lubahn se ajustan muy poco al espíritu del Tercer Reich. Así, las palabras de Lubahn «la paz será el lema de la batalla» se convierten en «el honor será el lema de la batalla», y «la justicia será lo más valioso» se traduce sin titubeos en «la lealtad será lo más valioso». Lubahn tiene que aceptarlo por las buenas o por las malas, el Comité Olímpico, que ha encargado el himno, tampoco protesta, y a Richard Strauss parece darle igual.

En diciembre de 1934, poco después de finalizar esta obra de aproximadamente cuatro minutos, Strauss se pone en contacto con Hans Heinrich Lammers, el director de la cancillería del Reich, para pedirle que se le permita tocar el himno ante Hitler, pues «es a él, el Führer, protector de la Olimpiada, al que debe gustarle en primer lugar». Después de muchos dimes y diretes, pues Hitler no está tan interesado en el encuentro como Strauss, se concreta una cita para finales de marzo de 1935. Cuando termina este concierto privado, que tiene lugar en el apartamento de Hitler, Strauss le regala a su Führer una

partitura firmada del himno, que Hitler acepta con sumo agradecimiento.

Hay muchas razones que explican la complacencia de Richard Strauss con el régimen. Su nueva ópera, *La mujer silenciosa*, debería estrenarse en Dresde en junio de 1935. El ministro de Propaganda, Joseph Goebbels, es contrario a la obra, porque el libreto es de Stefan Zweig, que, como judío, es persona non grata en el Tercer Reich. Pero Hitler concede a la ópera una autorización especial, que Strauss desea, sin duda, agradecer con su *Himno olímpico*. Sin embargo, poco después el compromiso del famoso compositor con la Alemania nazi entrará en crisis, cuando la Gestapo encuentre una carta de Strauss a Stefan Zweig en la que se burla de su cargo como presidente de la Cámara de Música del Reich. A mediados de julio de 1935, Strauss deberá abandonar este puesto y *La mujer silenciosa* se suspenderá tras dos funciones. Para un artista menos ilustre esto podría haber significado el final, pero Strauss es demasiado importante para que los nacionalsocialistas quieran prescindir de él para siempre. Un año más tarde —en el verano de 1936— el asunto está olvidado y Strauss puede presentar personalmente su *Himno olímpico*. Mientras el matrimonio Strauss desayuna en la llamada terraza del Bristol y Pauline, como de costumbre, incordia al servicio, Richard se pregunta cómo será dirigir la orquesta esta tarde, delante de más de cien mil paletos.

«Pero ¿dónde estamos?», le pregunta Max von Hoyos a su vecino, Hannes Trautloft. Max se acaba de despertar y no tiene ni idea de cuánto ha dormido. Bosteza, se frota los ojos y se estira. «Todavía en el Elba», responde Hannes. Max no parece muy sorprendido. «¡Tengo hambre!», exclama, y se baja de su litera.⁵ Los dos jóvenes comparten un camarote en el buque de vapor *Usaramo* que ha partido desde Hamburgo en dirección a España. Junto a otras ochenta personas, pertenecen a un grupo de viajeros que se hace llamar Compañía de Viajes Unión. En esta asociación sólo hay hombres que se comportan de forma

peculiar y no quieren relacionarse con otros pasajeros. Si alguien les pregunta por el objeto de su viaje, no responden. Tampoco son los típicos turistas de crucero adinerados, pues no se mueven con tanta elegancia. Uno podría tomarlos por soldados, pero no llevan uniforme. Llama la atención que viajan con mucho equipaje. ¿Qué hay en todas esas enormes maletas que embarcaron en Hamburgo? Ante esta pregunta sigue reinando el silencio. Sólo hay una cosa clara: algo raro pasa con la Compañía de Viajes Unión.

A las doce del mediodía dará comienzo en el parque Lustgarten de Berlín un desfile de las Juventudes Hitlerianas en el que casi veintinueve mil muchachos se cuadrarán en formación. Desde la terraza del castillo hay una vista espléndida de la explanada que se encuentra entre el Museo Antiguo, la catedral y el castillo. Pero entre la multitud ya no es posible distinguir a ningún individuo, sólo se ve una masa de personas. Como tantas otras cosas estos días, este desfile no es más que una manifestación portentosa dirigida a los visitantes extranjeros. Adolf Hitler puede confiar en su juventud, reza el mensaje, lo que, sin duda, también puede entenderse como una advertencia.

Los diferentes eventos del programa se encadenan unos con otros como si se tratase de un engranaje bien engrasado. Cuando el saludo de bienvenida del Comité Olímpico Internacional termina puntualmente, los invitados de honor se dirigen desde la cúpula del Museo Antiguo a la entrada. En la escalera por la que se accede al Lustgarten se ha instalado una tribuna desde la que hablarán a las Juventudes, uno tras otro, Baldur von Schirach, dirigente de las Juventudes Hitlerianas; Hans von Tschammer und Osten, responsable de deporte del Reich; Bernhard Rust, ministro de Formación, y, por último, Joseph Goebbels. «Una imponente actuación», anota el ministro de Propaganda en su diario. «¿Qué podría decirse que fuese especial? Después llegó la antorcha olímpica. Un momento emocionante. Cae una lluvia ligera.»⁶

La carrera con la antorcha olímpica, que finaliza de forma

provisional en el Lustgarten, no es, como cabría pensar, una tradición de la Antigua Grecia, sino un invento de un funcionario de Würzburg. Carl Diem, de cuarenta y dos años, es, como secretario general del comité de organización, una de las figuras más relevantes de los juegos. El trayecto de más de tres mil kilómetros que separa Olimpia de Berlín y pasa por Atenas, Delfos, Salónica, Sofía, Belgrado, Budapest, Viena, Praga y Dresde se asemeja a un puente que une la Antigüedad con la época moderna, afirma el perspicaz funcionario. A Diem no le importa que en los juegos de la Antigüedad no hubiese carrera de relevos con la antorcha, lo que quiere es dotar a los juegos de Berlín de la mayor solemnidad posible. Joseph Goebbels, cuyo ministerio figura como responsable de la organización del desfile de las Juventudes en el Lustgarten, enseguida se entusiasma con la idea de Diem y hace que el portador de la antorcha corra por delante del museo a través de las filas de las Juventudes para encender allí el pebetero. Después, el joven seguirá corriendo a lo largo del castillo y encenderá allí una nueva llama en el «Altar de las Naciones».

Un verdadero parque móvil de limusinas está ya dispuesto para trasladar a los representantes del Comité Olímpico Internacional y a los demás invitados a la cancillería del Reich. Allí tomará la palabra Henri de Baillet-Latour para agradecer a Hitler la hospitalidad de Alemania. El anfitrión responde brevemente y subraya el valor de los juegos como nexo de unión entre los pueblos. Para las dos de la tarde el programa de actos anuncia conciso: «Piscolabis».

Entre las 15:00 y las 15:07 los invitados de Hitler abandonan la cancillería en dirección al estadio olímpico. El convoy de automóviles dobla la Wilhelmstrasse y entra en la *Via triumphalis*. Así han bautizado los organizadores de los juegos los once kilómetros entre el Lustgarten, que está al este de la ciudad, y el estadio olímpico, al oeste. En la antigua Roma, la *Via triumphalis* acogía la llegada de los militares de alto rango; en Berlín, Adolf Hitler la utiliza para desplazarse en un Mercedes desca-

potable hasta los juegos que tendrán lugar en un escenario inspirado en un anfiteatro romano. *Panem et circenses*.

Todo el trayecto está flanqueado por gigantescas banderas adornadas con la esvástica y con el escudo olímpico, y vigilado por 40.000 miembros de las SA. Junto a las Juventudes Hitlerianas en formación, cientos de miles de curiosos esperan a que tenga lugar el acontecimiento que en el programa se señala para las 15:18: «Salida del Führer hacia el estadio olímpico».

En medio de la multitud se encuentra un estadounidense de treinta y cinco años, Thomas Clayton Wolfe. Tom, como lo llaman sus amigos, viene de Ashville, en el estado de Carolina del Norte, y hace poco que ha llegado a Berlín. Con sus casi dos metros de altura y ciento veinte kilos de peso parece un respetable gigante al que resulta difícil pasar desapercibido. Uno podría pensar que se trata de un lanzador de peso, pero nada más lejos de la realidad. Tom es escritor —bastante famoso, además— y su primer libro, *El ángel que nos mira*, ha sido publicado en su traducción alemana por la editorial Rowohlt en 1932. Ernst Rowohlt —el editor de Tom— tuvo un verdadero golpe de suerte con la publicación de *Schau heimwärts, Engel*, pues los críticos manifestaron todo su entusiasmo por el autor del Nuevo Mundo y, en muy pocos años, las librerías han vendido más de diez mil ejemplares.

Tom había viajado por primera vez a Alemania a finales de 1926 y pasó dos semanas en Stuttgart y Múnich. Desde entonces vuelve casi todos los años. En 1935 visitó por primera vez Berlín y se apoderó de él un sentimiento que, como describe en su cuaderno de notas, «con seguridad no tendré muchas veces más en mi vida. La certeza de conocer por primera vez una de las metrópolis más relevantes de este mundo». Wolfe vivió las siguientes semanas que pasó en la capital del Reich como una alucinación: «Un salvaje torbellino, fantástico e increíble, de fiestas, reuniones, cenas, borracheras, entrevistas de periódico, proyectos de radio, sesiones fotográficas y demás».⁷ Lo que Wolfe siente por Berlín es literalmente amor a primera vista. Que Berlín sea también el epicentro de una dictadura brutal que persigue, encarcela o asesina a sus opositores políti-

cos parece no interesarle. Todavía no. Por el momento alaba a los alemanes como «el pueblo más limpio, más abierto, amable y franco que he conocido en Europa».⁸

A mediados de junio de 1935 Wolfe abandona la ciudad junto al río Spree convencido de que volverá en cuanto se le presente una nueva oportunidad. Y esta ocasión ha surgido ahora, en agosto de 1936. Recientemente, su novela *Del tiempo y el río* ha sido publicada por Rowohlt y toca promocionarla. La celebración de los Juegos Olímpicos supone para este escritor, apasionado de los deportes, una segunda motivación para subirse al barco y cruzar el Atlántico.

Tom se aloja —como el año anterior— en el Hotel am Zoo que, aunque no pertenece a las categorías más lujosas, ofrece otras ventajas. El Hotel am Zoo es acogedor. Y a Tom le encanta lo acogedor, y no tanto lo pretencioso, como el Adlon o el Bristol o el Eden. Pero lo que más le gusta al escritor es que el hotel se encuentra en la avenida Kurfürstendamm. ¿Qué va a hacer él en la Puerta de Brandeburgo, donde está el Adlon? La Kurfürstendamm, eso es Berlín. Para Tom salir del hotel y ver a la izquierda el reloj dorado en la torre de la Iglesia Memorial del Emperador Guillermo constituye un momento mágico. Entonces lo atrapa el hechizo de Berlín y se da cuenta de que ha caído rendido ante la ciudad. En la Kurfürstendamm se encadenan los cafés, los restaurantes y los bares; es más, para Tom esta avenida es como un único café sin fin. «La gente paseaba bajo los árboles de la Kurfürstendamm, en las terrazas ya no cabía un alfiler y el aire de estos días dorados parecía música para bailar.»⁹ Está claro que Thomas Wolfe no quiere vivir en ningún otro lugar de Berlín. Sólo aquí.

Pero ahora Tom está, como tantos otros, en la *Via triumphalis* y aguarda. «El brillante automóvil del Führer se acercaba despacio», recuerda, «firme como una vela, sin hacer ni un leve movimiento ni esbozar una sonrisa, de pie, un hombre pequeño, oscuro, con un bigote de personaje de opereta y un brazo elevado, con la palma de la mano hacia fuera, no como se realiza normalmente el saludo nazi, sino más alargado hacia arriba, como si se tratase de un Buda o un Mesías que nos bendice.»¹⁰

A la una en punto del mediodía se abren las puertas del estadio olímpico. La organización urge a los más de cien mil espectadores llegados de todas las partes del mundo a que tomen sus asientos antes de las tres y media. Mientras tanto el zepelín *Hindenburg*, que con sus 246 metros de largo es una de las mayores aeronaves jamás construidas, da vueltas en círculo sobre el estadio y abajo, en el escenario, la Orquesta Sinfónica Olímpica entretiene al público con un concierto festivo. Junto a los *Preludios*, la magistral pieza de Franz Liszt, en el programa aparece el preludio de *Los maestros cantores*, de Richard Wagner, una obra extraordinariamente popular en el Tercer Reich. El gran reloj en la torre de la Puerta de Maratón marca las 15:53 cuando las trompetas y los trombones, situados a gran altura, rompen a tocar toques de clarín. Siete minutos más tarde —puntualmente a las cuatro de la tarde— Adolf Hitler, acompañado del Comité Olímpico Internacional y Nacional, entra en el estadio por la gran escalera de la Puerta de Maratón. Los clarines se atenúan y la orquesta entona ahora la *Huldigungsmarsch* [Marcha honorífica], que Wagner había compuesto para honrar al rey Luis II de Baviera. Los organizadores aceptan sin mediar palabra esta marcha, aunque se encuentra entre las obras menos valiosas del compositor y muestra una bochornosa torpeza. Sin embargo, en este caso el título es más importante que la música: se trata de ensalzar a Adolf Hitler, que cruza el estadio hacia su palco presidencial como si se tratase de un emperador romano. Debe interrumpir su recorrido, porque la hija de Carl Diem, una niña de cinco años llamada Gudrun, lo detiene para entregarle un ramo de flores. «*Heil*, mi Führer», se supone que dice. Su padre aparenta estar tan sorprendido e ilusionado como Hitler y afirma que no sabía nada.

Cuando Hitler sube al palco, la orquesta toca el *Doppelhymne* [Himno doble], que han introducido los nacionalsocialistas y que incorpora las primeras estrofas de las composiciones *Deutschlandlied* [Canción de Alemania] y *Horst-Wessel-Lied* [Canción de Horst Wessel]. En lo alto de las astas del estadio ondean las

banderas de los países que participan en los juegos y el tañer de las campanas de la torre del vecino campo de Maifeld llega hasta el estadio. Entonces comienza el desfile de los equipos olímpicos: Grecia en primer lugar; Alemania, en último. Mientras los ingleses son recibidos por el público con frialdad (Goebbels anota en su diario: «Un poco vergonzoso»), los franceses desatan una verdadera ovación, porque saludan con los brazos en alto. Si bien, como explican más tarde los representantes de la Grande Nation, no se trata del «*salut hitlérien*» sino del saludo olímpico, lo cierto es que no pueden apenas diferenciarse y el público en el estadio cree sin dudar que los franceses realizan el «saludo de Hitler».

A la derecha de Hitler ha tomado asiento Henri de Baillet-Latour, a su izquierda se sienta un hombre entrado en años que Joseph Goebbels habría tomado también por el director de un circo de pulgas: Theodor Lewald, presidente del comité de organización. Este jurista y funcionario del departamento de Deportes es, junto a Carl Diem, el secretario general, el motor de la organización de los XI Juegos Olímpicos. Sin Lewald y Diem no habrían existido los Juegos de Berlín. También su excelencia, como se denomina a Lewald con gran respeto, se ha dejado utilizar por los nacionalsocialistas. Porque el doctor Theodor Lewald es, según las tesis de los nazis, «medio-judío». En la puesta en escena de los juegos, Lewald se ha otorgado a sí mismo el papel de «judío-coartada» y figura como reclamo para mostrar al mundo que el régimen nazi no tiene influencia alguna en los juegos. En realidad Lewald tiene los días contados, pero hasta su dimisión forzosa, que hace tiempo que está decidida, su excelencia puede seguir cumpliendo con sus deberes.

Poco después de las cinco de la tarde, Lewald se aproxima al micrófono y pronuncia un discurso de unos quince minutos. Seguro que ha reflexionado largamente sobre cómo comenzar su alocución. Lewald podría abrir con «Ilustrísimo señor canciller», lo que el protocolo consideraría muy correcto. Podría dirigirse en primer lugar a Henri de Baillet-Latour y a los otros dignatarios olímpicos, podría dar la bienvenida a los embaja-

dores presentes. En una palabra: podría haber formulado el principio de su discurso como sugieren las prácticas de la diplomacia. Sin embargo, Theodor Lewald se decanta por un saludo inicial mucho más breve: «¡Mi Führer!». Nada más.

Después de este prólogo en su honor, Hitler toma la palabra. Henri de Baillet-Latour había recordado al dictador que debía inaugurar los juegos con una única frase. A lo que Hitler habría contestado: «Señor conde, me esforzaré en aprenderme esta frase de memoria».¹¹ Pero todo se queda en buenas intenciones. En lugar de la versión oficial («Declaro inaugurados los Juegos de Berlín para celebrar la XI Olimpiada de la época moderna»), Hitler utiliza una fórmula cuya gramática revela su origen austriaco: «Declaro los Juegos de Berlín para celebrar la XI Olimpiada de la época moderna como inaugurados». Serán las únicas palabras que pronunciará en público durante estos días.

Se iza entonces la bandera olímpica, la artillería lanza salvas y se sueltan alrededor de veinte mil palomas blancas que sobrevuelan Berlín. Mientras tanto Richard Strauss, sentado en una silla junto a la orquesta, golpea sus piernas, una contra otra, y muestra un semblante aburrido. Alguien le susurra que está a punto de comenzar. Strauss se levanta, sube a su tarima y a las 17:46 da entrada a los instrumentos de viento situados en la Puerta de Maratón. Un breve motivo de clarines resuena en el estadio e introduce al resto de la orquesta. La Orquesta Sinfónica Olímpica está compuesta por la Orquesta Filarmónica de Berlín y por la Orquesta Regional de Berlín, el coro por su parte está formado por más de tres mil cantantes de diversas agrupaciones. Joseph Goebbels está entusiasmado con el *Himno olímpico*. «Es realmente maravilloso», había exclamado con júbilo después de un ensayo. «Pues sí que sabe componer este chico.»¹² También Adolf Hitler está satisfecho con Strauss e indica a un oficial que quiere ver al compositor un momento. Después, Pauline Strauss anota en su diario «Apretón de manos con Hitler».¹³

Los espectadores no pueden disfrutar ni de una pausa. Strauss está bajando todavía de su tarima cuando el portador

de la llama olímpica, encargado de llevarla durante el último tramo desde el Lustgarten al estadio, llega a la puerta este del escenario, cruza por la pista de ceniza hacia la puerta oeste y enciende allí el gran pebetero. El siguiente punto del programa tiene también un enorme valor simbólico. Spyridon Louis, el ganador del maratón en los Juegos Olímpicos de Atenas en 1896, entrega a Hitler una rama de olivo de Olimpia. Al final de la ceremonia se celebra el juramento. Como representante de todos los deportistas, el levantador de peso Rudolf Ismayr pronuncia el juramento, pero, en lugar de la bandera olímpica, al hacerlo sujeta la bandera con la esvástica. Henri de Baillet-Latour observa horrorizado esta violación del protocolo olímpico, pero ¿qué puede hacer ante tal situación?

Tras el juramento, la ceremonia de inauguración ha llegado casi a su fin. Antes de que Adolf Hitler abandone el estadio a las 18:16, suena, como último punto del programa, el «Aleluya» del *Mesías* de Georg Friedrich Händel. Mientras el coro canta «Y Él reinará por los siglos de los siglos, rey de reyes y señor de señores. ¡Aleluya!», el embajador de Polonia en Berlín, Józef Lipski, toca con cuidado el hombro de Henri de Baillet-Latour. «Debemos tener cuidado con un pueblo que organiza las cosas así», le susurra Lipski al conde. «En este país una movilización militar también funcionaría a las mil maravillas.»¹⁴

El informe sobre la ceremonia de inauguración del enviado austriaco en Berlín, Stephan Tauschitz, tampoco resulta muy tranquilizador. Tauschitz le escribe al secretario de Estado de Exteriores en Viena: «Un antiguo oficial austriaco, que ahora vive en Berlín y que estaba sentado en el estadio en medio de los visitantes llegados de Austria, me contó que nunca antes había visto en Alemania gente tan fanática como los austriacos que allí encontró, pues los gritos de “*Heil Hitler!*” y “*Sieg Heil*” que proferían estos austriacos y, sobre todo, austriacas cuando apareció el canciller alemán no podían considerarse gritos, sino una serie de chillidos histéricos, cuyo volumen era difícil de igualar [...]. Un visitante vienés, ya mayor, que estaba sentado

cerca de mi fuente se quejaba dolido de que no había podido ver a Hitler porque cuando entró se le llenaron los ojos de gruesas lágrimas».¹⁵

INFORME DE LA COMISARÍA CENTRAL DE LA POLICÍA NACIONAL EN BERLÍN: «El sastre Walter Harf, nacido el 3 de diciembre de 1890, con domicilio en la Lützowstrasse 45, habría manifestado a su esposa, en relación con la ceremonia de inauguración de la Olimpiada: “Ahora alguien tendría que cometer un atentado contra el Führer, como hicieron con el rey de Inglaterra”. Se ha ordenado la detención de Harf y se pide la colaboración de testigos para su imputación».¹⁶